

# *El Crimen del Padre Amaro*

Versión libre de Myrna Casas basada en la novela de Eça de Queiroz

## **PERSONAJES:**

Padre Amaro  
Amelia  
Juan Eduardo  
La Sanjuanera  
Narradora (La Dionisia)  
Canónigo Días  
Padre Natario  
Padre Libaniño  
Dr. Gouvea  
Doña Josefa Díaz  
la Totó  
Ruca  
dos borrachos

## **ÉPOCA:**

Mediados del siglo XIX

## **LUGAR:**

El pequeño pueblo de Leiría, Portugal.

## **LUGARES DE ACCIÓN:**

Sala en casa de la Sanjuanera \* Sacristía \* Despacho del Dr. Gouvea en la Secretaría de Gobierno \* Casa del campanero, donde se encuentran Amaro y Amelia \* Iglesia de Leiría (altar mayor).

20/ nov 08

1179943

ci

DMDO

## PRIMER ACTO

## Escena I

La sala en casa de la Sanjuanera.

NARRADORA: -Corría cerca del año 1860. En Leiría, que queda al sur de Coimbra en Portugal, hay un pueblecillo regido por los ministros de la Iglesia, hombres, y yo sí sé de hombres, que predicán la moral -una moral en calzoncillos. Esta es la historia de uno de esos hombres, un párroco joven, guapo, e inocentón -inocentón al comienzo de nuestra historia. Luego... ya veremos: Estamos esta noche en casa de Doña Augusta, la Sanjuanera, amiga... bueno, amiga y algo más del Canónigo Días, también madre de Amelia, una linda e inocente joven. Comparten con ellos; el Padre Natario, Libaniño, Doña Josefa Días, hermana del canónigo y Juan Eduardo, joven escribiente enamorado de Amelia. Es noche de tertulia. Vamos a ver como se enreda y se desenreda esta madeja. (Sale de escena.)

(Amaro entra a la sala.)

DÍAS: -¡Vaya, ya está aquí el niño bonito!

AMARO: -Buenas noches.

TODOS: -Buenas noches, señor párroco.

AMARO: -Señorita Amelia, ¿cómo sigue de su resfriado?

AMELIA: -Ya estoy bien, gracias.

NATARIO: -Tan bien está que nos ha prometido cantar esa canción mexicana que está de moda.

DOÑA JOSEFA: -Pero no sin antes preguntarle a nuestro querido párroco qué le parece lo que se rumorea de la mujer del señor Novais.

DÍAS: -Más amor al prójimo, querida hermana.

DOÑA JOSEFA: -Pues nada, la señora de Novais seguro tiene interés por alguien que no es su marido. Es lo que me han dicho las hermanas Ganoso. Se lo dijeron...

- AMARO: -Doña Josefa, con el respeto que se merece usted, también las señoras Ganoso, no creo que sea cierto. No debe hacer caso usted a rumores.
- DÍAS: -Bien dicho, bien dicho.
- DOÑA JOSEFA: -Le haremos caso a usted en esta ocasión, pero, que se dice, se dice. Bueno, ¿echamos una partidita de barajas? ¿Sanjuanera?
- SANJUANERA: -¿Cómo?
- AMELIA: -(A JUAN EDUARDO.) Oiga, Juan Eduardo, vaya a charlar con mamá, si no, se nos vas a quedar dormida. (Por lo bajo.) Y, deje de acecharme. Eso es hasta indecente delante del párroco.
- J. EDUARDO: -Sabe, señorita Amelia, está dándome un gran disgusto con esa manera de tratar al señor Padre Amaro.
- AMELIA: -¿Qué manera? Ahora me viene usted con esas. Entonces, ¿cómo quiere que lo trate? Es un amigo de esta casa, ha sido por un tiempo nuestro huésped.
- J. EDUARDO: -Usted está enamorada del párroco.
- AMELIA: -Usted está insultándome.
- J. EDUARDO: -No, no la insulto, pero se me parte el corazón cuando la veo tan interesada en él.
- AMELIA: -Usted no tiene razón. No tiene razón.
- J. EDUARDO: -Júremelo.
- AMELIA: -Se lo juro. Por mi salvación, se lo juro. No hay nada.
- DOÑA JOSEFA: -Amelia, venga niña a jugar. Usted también, Juan Eduardo. Padre Amaro, ¿se une a nosotros?
- AMARO: -No, cartas no. No sé jugar bien.

(AMELIA se separa de JUAN EDUARDO y va a DOÑA JOSEFA. En esto entra LIBANIÑO que ha salido en algún momento. Viene con falda de AMELIA y

NATARIO: -Ah, no han de empezar una discusión. No estamos para eso. Vaya usted con Dios, Juan Eduardo, que ese nunca nos falta para dirigirnos por el buen camino.

(JUAN EDUARDO sale de la casa. Queda solo en la calle. Dentro sigue la fiesta y el juego de lotería. DÍAS pellizca a la SANJUANERA en algún momento creyendo que no lo ven. NATARIO y LIBANIÑO se miran y se ríen.)

J. EDUARDO: -Trabajo demasiado, sí. Mientras ustedes se divierten, beben, juegan cartas y lotería y otras cosas. Y, lo peor, quieren arrastrarnos a los funestos tiempos del oscurantismo. Yo puedo escribir una diatriba contra los curas. Los conozco bien. Si hay escándalo, se cuenta. Si no, se inventa. (Sale de escena.)

(De la sala han salido todos. AMARO ha dado un papel a AMELIA sin que los otros lo vean.)

## Escena II

La sala en casa de la Sanjuanera.

(AMELIA está sola.)

AMARO: -(Entrando.) Señorita Amelia, buenas tardes.

AMELIA: -Buenas tardes, padre.

AMARO: -No la he visto esta mañana en misa de nueve y pensé que le había vuelto el resfrío.

AMELIA: -No me he sentido muy bien. De hecho, mamá ha ido a buscar al doctor Gouvea.

AMARO: -Entonces, me marchó... Pero, no quisiera dejarla sola si no se siente usted bien. Me permite acompañarla en lo que llega la señora Augusta con el doctor.

AMELIA: -No sé, no sé si deba quedarse. Me ha pedido en su carta que nos veamos a solas. No creo... es que...

AMARO: -Diga usted, señorita Amelia, ¿qué sucede?

AMELIA: -El señor Juan Eduardo piensa que nosotros tenemos más que una amistad, que es usted algo más que mi guía espiritual...

- AMARO: -Buenos días, señora Augusta, doctor Gouvea.
- GOUVEA: -Buenos días.
- AMARO: -No estuvo la señorita Amelia en misa de nueve como acostumbra. Entonces, pensé que no se sentía bien. Pero ya que está aquí el doctor. (Inicia mutis.)
- SANJUANERA: -No se vaya usted. Enseguida le preparo un té.
- AMARO: -Gracias, en otra ocasión. Espero no sea nada de cuidado, señorita Amelia. Está usted en buenas manos. Hasta pronto doctor. Señora Augusta.
- GOUVEA: -(Que ya ha estado viendo a AMELIA. Tomando el pulso, etc.) Adiós, padre. Vamos a ver. Me dice tu señora madre que has perdido el apetito. ¿Ah? Estás muy paliducha. Tenías fiebre esta mañana al despertar. Ahora creo que no. Bueno, hagámosle una buena sopa de esas que sabe usted hacer Doña Augusta. Y usted, (A AMELIA.) a descansar y a tomar un poco de sol y aire fresco que para eso están los paseos por la campiña.
- AMELIA: -Gracias, doctor Gouvea. Si me permite voy a recostarme.
- GOUVEA: -Vaya, vaya.
- SANJUANERA: -¿Qué tiene, señor doctor?
- GOUVEA: -Cáseme esta chica, Sanjuanera, cáseme a esta chica. Se lo he dicho tantas veces... ¡Criatura!
- SANJUANERA: -Pero, señor doctor...
- GOUVEA: -Pero cásela de una vez, Sanjuanera, cásela de una vez. ¡Cásela!

## Escena III

La sala en casa de la Sanjuanera.

(Noche. SANJUANERA enciende las luces. Entran discutiendo: DÍAS, NATARIO DOÑA JOSEFA y LIBANIÑO. Todos lucen alterados. AMELIA, muy pálida, se sienta.)

AMARO: -(Entrando.) Muy buenas noches tengan todos, empezando por las señoras.

NATARIO: -Entonces, ¿qué le parece?

AMARO: -¿Qué? (Todos han callado.) ¿Qué pasa? ¿Alguna novedad?

DOÑA JOSEFA: -¿Pero, no lo ha leído, señor párroco? ¿No ha leído "La Voz del Distrito"? ¡Ay, es un desafuero!

SANJUANERA: -Es un escándalo, señor párroco.

NATARIO: -¡No lo ha leído! ¡No lo ha leído! Entonces, ¿qué ha hecho?

DÍAS: -Amigo párroco, nos mandan una andanada.

AMARO: -¿Y eso?

DÍAS: -¡Tentetieso!

NATARIO: -Lea, Días, lea. Lea para que lo saboreemos.

(SANJUANERA le acerca un candil a DÍAS que se toma su tiempo para comenzar a leer. Se acomoda ceremonioso, se pone sus lentes y abre el periódico.)

DÍAS: -Periódico *La Voz del Distrito*. Artículo: "Los modernos fariseos". (Leyendo.) ¿Conoces a uno con cara de hurón? Desconfiad de él, si pudiese traicionarnos, no lo dudaría, es la víbora más dañina de la diócesis, pero así y todo cultiva con primor dos rosas de su jardín.

AMARO: -¡Vaya hombre!

NATARIO: -Para que vea, ¿qué le parece? Ustedes saben que cuando hablo de mis queridas sobrinas suelo decir: "las dos rosas de mi jardín". Hasta de eso se aprovecha. Pero, fíjese bien. ¡Voy a saber quién es!

SANJUANERA: -Desprécielo, señor padre Natario, desprécielo.

NATARIO: -Gracias, señora. (Irónico.) Me doy por enterado.

- DÍAS: -(Sigue leyendo.) El canónigo gordo y glotón, otrora profesor en un seminario y hoy maestro de inmoralidad en Leiría...
- AMARO: -¡Eso es infame!
- DÍAS: -¿Y usted cree que a mí me importa eso? Tengo comida y bebida, gracias a Dios. Y el que quiera zumbear, que zumbe.
- DOÑA JOSEFA: -Pero, hermano, la gente tiene siempre un poquito de coraje.
- DÍAS: -Nadie le ha pedido su opinión.
- DOÑA JOSEFA: -Ni necesito que me la pidan. Sé darla muy bien cuando quiero y como quiero. ¡Si tú no tienes vergüenza, la tengo yo!
- DÍAS: -Menos lengua, hermana, menos lengua. No vaya a ser que se le caigan los dientes postizos.
- DOÑA JOSEFA: -¡Maleducado! ¡Ay, que me da! ¡Ay, que meda!
- LIBANIÑO: -¡Virgen de los Dolores, que hasta puede caer un rayo!
- SANJUANERA: -¡Ay, qué escándalo! Nuestra Señora nos ampare. Amelia, busca el agua de azahar. Venga, Doña Josefa, venga a mi habitación. Cálmese, cálmese. (Sale ayudando a DOÑA JOSEFA.)
- DÍAS: -(A AMARO.) Escuche usted ahora, que es su turno. (Lee.) Pero, el peligro son ciertos curas jóvenes y bonitos que viven en la intimidad de familias de bien donde hay doncellas inexpertas y que se aprovechan de la influencia de su sagrado ministerio para arrojar al alma de la inocente la semilla de llamas pecaminosas.
- AMARO: -¡Que poca vergüenza!
- DÍAS: -(Lee.) Di, sacerdote de Cristo, ¿adónde quieres arrastrar a la impoluta virgen? ¿Quieres arrastrarla a los lodazales del vicio? ¡Atrás sacrilego! Murmuras a su oído seductoras frases para desviarla del camino honrado, para saciar los groseros impulsos de tu criminal lascivia.

AMARO: -¡Que infame!

DÍAS: -(Sigue leyendo.) Pero, ten cuidado, presbítero perverso. Ya el arcángel levanta su espada de la justicia. Aquí estamos nosotros los hijos del trabajo para marcaros la frente con el estigma de la familia. ¡Cuidado, sotanas negras! Firma, un liberal.

AMARO: -Amigos, no sé que decir. Por el Dios que me está escuchando que esta es la calumnia de las calumnias.

NATARIO: -Una calumnia infame. Hay que hablar con la autoridad, el Secretario de la Gobernación, el doctor Gouvea. Si los colegas lo desean, voy yo. Voy a contarle las cuarenta.

LIBANIÑO: -¡Ay queridos, a mí no me dice nada; pero, sólo de oír toda esa porquería hasta se me doblan las piernas! ¡Ay, que disgusto!

DÍAS: -Natario, vaya a hablar con el doctor Gouvea. Es cierto, esa porquería del periódico es la mayor de las calumnias. No sé quién lo ha escrito y para qué lo ha escrito. Es un necio y un canalla. Bueno, como no se ha muerto nadie, no hay necesidad de estar con cara de pésame.

LIBANIÑO: -Ay, yo me despido. Todo esto me ha afectado los nervios.

NATARIO: -Descuide, Libaniño, descuide. Mañana temprano iré a ver al Secretario de Gobierno.

AMARO: -Buenas noches, Días, espero que Doña Josefa se recupere.

DÍAS: -Ya se recuperará. Son aspavientos. Buenas noches.

(Salen NATARIO, AMARO y LIBANIÑO. Poco después entra la SANJUANERA.)

DÍAS: -Acaban de salir Natario, Amaro y Libaniño. Querida, trae acá ese vinillo que le ofreciste al párroco.

SANJUANERA: -(Le sirve una copa.) Aquí lo tienes.

DÍAS: -¿Y mi hermana?

SANJUANERA: -Descansa en mi habitación. Le dimos agua de azahar. Amelia y la Ruca se han quedado con ella. Velan su sueño.



DÍAS: -Vaya imprudencia. Duerme como un lirón. Hasta mañana no despertará. No podré quedarme esta noche, Augustita. Anda, toma tú una copita también.

SANJUANERA: -No, el disgusto ha sido muy grande.

DÍAS: -¡Bah! ¿Qué nos importa lo que dice ese imbécil? Queda tranquila. Ya Natario sabrá quién es. Cara de hurón". (Ríe.) Cierto es.

SANJUANERA: -Contigo ha sido igual de terrible. Maestro de inmoralidad te ha dicho.

DÍAS: -Y yo te he dicho que no importa lo que diga ese necio. Yo aquí soy la autoridad.

SANJUANERA: -No sé, no sé... Por mí, pues... pero, por la chiquilla, mi Ameliaziña. ¿Qué pensará Juan Eduardo?

DÍAS: -¡Al diablo lo que piense! Además, está que se le caen las babas por ella. Que se case ya con él. Por el momento lo que pienso yo es que mi hermana está en tu cama, nuestra cama, y yo tendré que irme a dormir a mi casa. ¡Ea! No pongas esa cara. Ya verás que el doctor Gouvea se encargará del asunto. Estaba rico el oporto. Ahí te dejo con la lechuza en tu cama, que ya quisiera yo.

SANJUANERA: -Pienso que quizás debemos ser más prudentes. Amelia podría sorprendernos.

DÍAS: -Amelia duerme en el segundo piso y se va a la cama temprano. Nosotros hemos sido más que prudentes siempre.

SANJUANERA: -Tan prudentes hemos sido que nos atacan en el periódico.

DÍAS: -No se hable más del asunto. (La abraza.)

(En eso entra AMARO a la sala.)

AMARO: -Perdón. La puerta estaba abierta y... He dejado el paraguas y puede ser que llueva.

SANJUANERA: -(Busca el paraguas y se lo lleva.) Aquí lo tiene, señor párroco.

DÍAS: -Anda, va a caer un fuerte aguacero. Dentro de pronto habrá que abrigarse. Vamos, le acompaño, Amaro.

AMARO: -¿Y Doña Josefa?

DÍAS: -Se ha quedado dormida en la habitación de Doña Augusta. Allí vela por ella la pequeña. Bien, Dios me las bendiga y las haga sordas aunque sea por esta noche. Josefa ronca que parece que va a temblar la tierra. Gracias por el vinillo.

SANJUANERA: -Buenas noches, señor Días, señor párroco. (Salen ambos.)

#### Escena IV

#### El despacho del Dr. Gouvea

(La mañana siguiente. NATARIO está por entrar al despacho.)

GOUVEA: -Pase, pase, Padre Natario. ¿Qué le trae por aquí? ¿Quiere una taza de té? Es un gran bálsamo.

NATARIO: -No, gracias. Ya he desayunado.

GOUVEA: -Estaba precisamente pensando en usted, bueno, en el clero. He estado leyendo sobre las peregrinaciones a Nuestra Señora de Lourdes. Gran ejemplo. Lourdes era una aldeilla. Con los devotos está hecha una gran ciudad. El proceso económico paralelo al renacimiento religioso.

NATARIO: -Pues yo venía a hablar con Su Excelencia respecto a un comunicado en "*La Voz del Distrito*".

GOUVEA: -Lo he leído. Un excelente libelo. Pero, literariamente, como estilo, como imágenes, ¡qué miseria!

NATARIO: -¿Y, qué piensa hacer usted, señor Secretario General?

GOUVEA: -¿Yo?

NATARIO: -La autoridad tiene el deber de proteger la religión del estado, sus sacerdotes.

GOUVEA: -Es lamentable que un periódico...

- NATARIO: -(Le interrumpe.) ¡Un periódico que debería estar suspendido!
- GOUVEA: -¿Suspendido? Por favor, señor cura. No querrá su señoría que volvamos a la época del oscurantismo. ¡Suspende el periódico! ¡Pero si la libertad de prensa es un principio sagrado! Una querrela del ministerio público periódico diga dos o tres bribonadas. Tendríamos que querellarnos contra toda la prensa de Portugal. ¿A dónde iría a para la libertad de pensamiento?
- NATARIO: -Entonces, cuando vengan las elecciones, nosotros, viendo que no nos ayudan, diremos que con nosotros no cuentan.
- GOUVEA: -¿Y cree usted que por un puñado de votos vamos nosotros a traicionar a la civilización. Somos hijos de la libertad.
- NATARIO: -Pero el doctor Godiño, que es el dueño del periódico, es de la oposición.
- GOUVEA: -Mi querido señor cura, entre el doctor Godiño y el gobierno del país no hay enemistad, apenas un enfado, cosas de la alta política.
- NATARIO: -(Poniéndose de pie.) Señor Secretario General.
- GOUVEA: -Servidor de su señoría. Siento que no tome una taza de té. (Sale.)
- NATARIO: -(Solo.) Por la vía de la autoridad no se consigue nada. Es inútil. Voy a averiguar quien es y voy a machacarlo. ¡Voy a machacarlo!

## Escena V

La sala en casa de la Sanjuanera.

(La SANJUANERA cose. Entra JUAN EDUARDO, luego AMELIA.)

- J. EDUARDO: -Doña Augusta. Buenas.
- SANJUANERA: -Ah, Juan Eduardo, entre, entre.
- J. EDUARDO: -Perdone que le interrumpa, pero quiero darle la buena noticia a ustedes. Acabo de ver al doctor Godiño y dice que el mes que viene tengo empleo. Me lo ha prometido.

SANJUANERA: -¿Qué me dice?

J. EDUARDO: -Es verdad, que suerte tengo. Así que ahora, si Ameliaziña estuviese de acuerdo...

SANJUANERA: -Ay, Juan Eduardo, me quita un peso del corazón. Fíjese, ni siquiera he dormido.

J. EDUARDO: -Pero, bueno, ¿por qué?

SANJUANERA: -Esa canallada del periódico "*El Distrito*". ¿Qué me dice? Esa calumnia. Hasta me han salido canas.

J. EDUARDO: -Lo he leído. Es el demonio. Pero, mire Doña Augusta, yo no he querido hablarle de esto, pero es que Ameliaziña trataba al párroco con mucha confianza. Y, por los que venían aquí a la casa la cosa se iba sabiendo, sin querer, claro está. Yo sé que ella, pobrecita, no veía nada malo, pero... Usted sabe como es este pueblo. ¡Qué lenguas!

SANJUANERA: -Le voy a hablar como a un hijo, Juan Eduardo. Yo temía que al leer el artículo podría darle crédito. Yo le aseguro como madre que no hay nada entre la pequeña y el párroco. ¡Nada, nada, nada!

J. EDUARDO: -Sin duda.

SANJUANERA: -Y, mire, no sé si está mal que se lo diga yo, pero la chiquilla le quiere a usted de verdad.

J. EDUARDO: -Y yo. Usted sabe como la quiero. Qué me importa a mí ese artículo.

SANJUANERA: -Usted lo sabe. Lo quiero a usted como a un hijo.

J. EDUARDO: -Pues al grano y a tapar la boca de las gentes. (Se pone de pie.) Señora Doña Augusta, tengo el honor de pedirle la mano de su hija. Háblele a Amelia. Yo vendré mañana y felicidad no ha de faltar. (La besa en la frente y sale.)

SANJUANERA: -Alabado sea Dios. (Llamando.) ¡Amelia! ¡Amelia, hija!

AMELIA: -Sí, mamá.

SANJUANERA: -Ha estado aquí Juan Eduardo.

AMELIA: -¡Ah!

SANJUANERA: -Me a contado el pobre y se ha quejado.

AMELIA: -¿De qué?

SANJUANERA: -¿Cómo de qué? Que si se ha comentado lo del periódico, que si la gente se pregunta quién es la doncella inexperta. Y la respuesta era: "pues Amelia, la hija de la Sanjuanera". El pobre ha estado tan disgustado. No se atrevía a hablar conmigo, por delicadeza.

AMELIA: -Pero, ¿qué puedo hacer yo?

SANJUANERA: -Yo esto te lo digo por tu bien. Haz lo que quieras, hija. Ya sé que son calumnias. Pero, ya sabes lo que son las lenguas murmuradoras. El chico no cree lo del periódico. Eso era lo que me importaba. Él te quiere y está loco por casarse contigo. Eso le taparía la boca a mucha gente. Es un buen muchacho. Ah, y ahora va a tener un empleo fijo.

AMELIA: -¿Un empleo?

SANJUANERA: -Me ha dicho que se reunió con el doctor Godiño y que éste le ha ofrecido un trabajo. A fin de mes estará empleado. En fin, haz lo que creas conveniente.

AMELIA: -¿A usted, qué le parece, mamá?

SANJUANERA: -Yo iría a lo seguro, hija.

AMELIA: -Es siempre lo mejor. Me cuesta entrar en explicaciones con Juan Eduardo. Le escribiré. Le escribiré una carta aceptando su petición.

SANJUANERA: -(Abrazándola.) Hija, que alegría me das. (Sale.) Escríbele, escríbele, que llevaré yo la carta más tarde.

#### Escena VI

La sala en casa de la Sanjuanera.

(AMELIA ha quedado sola en la sala. Va a un escritorio o a una mesita y comienza a escribir una carta. Puede escucharse su voz grabada.)

AMELIA: -Señor Juan Eduardo, mamá me ha puesto al tanto de la conversación que tuvo con usted. Y si su afecto es verdadero como creo y me ha dado muchas pruebas, yo

estoy a favor de lo decidido con muy buena voluntad pues ya conoce, mis sentimientos. Mamá está muy contenta y yo deseo que todo sea para nuestra felicidad, como espero lo será, con la ayuda de Dios...

(Rompe en llanto y busca otro papel. Lo siguiente no debe estar grabado.)

-(Escribe.) Mi adorado Amaro, tenemos que separarnos para siempre. Pero no, no puedo separarme de ti. Aún casada puedo verte, escucharte en misa. Serás mi confesor, todos los sábados iré al confesionario para recibir en la luz de tus ojos y en el sonido de tus palabras una gran felicidad. Eso será casto, nuestro amor es puro para mayor gloria de Dios. ¡Amaro! ¡Amaro! (Rompe la carta para AMARO y sale de escena.)

#### Escena VII

La sacristía de la iglesia.

(Unos días después. En la sacristía. AMARO solo. Luego NATARIO.)

NATARIO: -Amaro, ah, está usted ahí.

AMARO: -Diga, Padre Natario.

NATARIO: -Supongo ya sabe lo de la boda de la Amelia.

AMARO: -Sí, sí, me lo ha dicho el canónigo Días. Dicen que hay una gran alegría en casa de la Sanjuanera y que el muchacho consiguió trabajo a través del doctor Godiño.

NATARIO: -Un trabajo en el gobierno civil. Godiño desde su periódico a golpes con el Secretario General y el Secretario General dándole tajada a los protegidos de Godiño. ¡Quién los entiende! Este es un país de pícaros. Pero, bueno, a lo que vine. Creo que no habrá boda.

AMARO: -¿Qué dice?

NATARIO: -Que no habrá boda.

AMARO: -¿Por qué?

NATARIO: -Gran novedad. Fue el escribiente.

AMARO: -¿Qué escribiente?

NATARIO: -Juan Eduardo. Es él, "el Liberal". El autor del comunicado, del artículo de La Voz del Distrito. Tengo pruebas, amigo mío. He visto el original. Cinco páginas en su puño y letra. Ah, me costó, pero tanto estuve hasta que pude averiguarlo. Cuando yo odio, odio de verdad...

AMARO: -¿Está usted seguro?

NATARIO: -Seguro. Ya le dije que he visto el original. No descansé hasta dar con el canalla que escribió el artículo. ¿Dígame, si va a haber boda, ah?

AMARO: -¿Y ahora?

NATARIO: -Ahora, a aplastarlo.

AMARO: -¿Usted cree?

NATARIO: -Querido colega, es una cuestión de conciencia. Para mí una cuestión de deber. No se puede permitir que la pobre chica se case con un golfo, un masón, un ateo...

AMARO: -¡En efecto! ¡En efecto!

NATARIO: -Usted vaya a hablar con la Sanjuanera. No, no, mejor que vaya Días. Él es quien debe decírselo. Vamos a la segura. ¡Usted hable con la pequeña y dígame sencillamente que lo ponga fuera de la casa. Es más, dígame a ella que el vive en intimidad con una desvergonzada.

AMARO: -Hombre, no sé si eso es verdad.

NATARIO: -Debe de serlo. Además, es una manera de convencer a la pequeña. Y voy a dejarlo sin el trabajito. Tengo amigos en el gobierno civil. Ya verá usted si lo deajo sin trabajo o no.

AMARO: -Dios me perdone, Natario, pero eso es arruinar al muchacho.

NATARIO: -Mientras no lo vea por la calle pidiendo un trozo de pan, no lo suelto.

AMARO: -Eso es poco caritativo, eso no es de cristianos. Mire que aquí le está oyendo Dios.

NATARIO: -No se preocupe, querido amigo. A Dios no se le sirve rezando padrenuestros. No hay caridad para los impíos. La Inquisición los atacaba con el fuego, no me parece mal atacarlos con el hambre. A quien le sirva a una causa santa todo le está permitido. ¡Y que meterse conmigo! Resumiendo, Días habla con la Sanjuanera, usted con la pequeña. Yo hablaré con mis amigos en el gobierno civil. Yo me ocupo del empleo, usted de la boda. Es lo que podríamos llamar: atacar por el estómago y el corazón. ¿Viene al pelo, no? Bueno, voy a ver a mis dos rosas que una está acatarrada y me preocupa mucho. Cuando la veo así, hasta pierdo el sueño. ¿Qué quiere usted? Cuando se tiene buen corazón... Hasta mañana, Amaro.

AMARO: -Hasta mañana, Natario. (Sale.)

#### Escena VIII

En algún lugar, no especificado.

Narradora: -(Entra riendo.) ¡El padre Natario! Pura hiel. Tanto estuvo hasta que averiguó quién fue el que escribió el famoso artículo contra "las sotanas negras". Quisiéramos muchos que les cayera un rayo. Como dice el escribiente Juan Eduardo: "Ya el arcángel levanta la espada de la justicia". ¡La justicia! (Vuelve y ríe.) Esa se nos esconde. ¿Saben como lo supo Natario? Pues antes andaba de punta con el padre Silverio, pero... este Silverio es el confesor de la señora Godiño, Godiño, el dueño del periódico. ¿Me siguen? Natario volvió a hacer amistad con el padre Silverio. Poco a poco le sacó la información y Silverio, que es tonto y bonachón contó todo lo que sabía del particular artículo contra "las sotanas negras". Godiño le había contado a su señora y la señora se lo contó a su confesor y éste a su vez se lo dijo a Natario. Nada, que el pobre Juan Eduardo fue de boca en boca hasta que cayó entre los colmillos del padre Natario. Y, ahora, lo sabe todo el pueblo. Lo saben hasta las piedras. El canónigo Días se lo dijo a la Sanjuanera y Amaro... Bueno, Amaro se lo dijo a Amelia. (Sale de escena.)

#### Escena IX

La sala de la Sanjuanera.

(AMELIA en escena.)



- AMARO: -(Entrando.) Buenas noches, señorita Amelia.
- AMELIA: -Buenas noches.
- AMARO: -Perdone usted si he venido algo tarde, pero me urge hablar con usted y con su señora madre.
- AMELIA: -Tiene usted que perdonarla. A mi madre le ha entrado mucho dolor de cabeza. Ha tenido no sé qué discusión con el canónigo Días y se ha ido a su cuarto. Se ha puesto agua sedativa y se ha quedado dormida.
- AMARO: -En ese caso puedo volver mañana.
- AMELIA: -Como guste.
- AMARO: -(No decide si irse o quedarse.) Vamos a tener una noche de agua...
- AMELIA: -Sí, hace frío.
- AMARO: -Cuanto tiempo hace que no entro aquí. ¿Aún tiene los tiestos con los ramitos fuera de la ventana?
- AMELIA: -Aún. Y, un clavel...
- AMARO: -Señorita Amelia, yo no esperaba hablar con usted a solas en estas circunstancias. Pero, las cosas han salido así. ¡Es la voluntad del Señor! Y, además, como su trato ha cambiado tanto.
- AMELIA: -Usted bien sabe por qué.
- AMARO: -Lo sé. Si no hubiese sido por aquel infame artículo en el periódico y las calumnias... nada hubiese pasado y nuestra amistad sería la misma. Es precisamente de eso de lo que quiero hablarle. ¿Recuerda aquel artículo en que se insultaba a los amigos de esta casa? ¿En el que yo era arrastrado por la calle de la amargura? ¿En el que su honra era ofendida? Se acuerda, ¿verdad? ¿Sabe quién lo escribió?
- AMELIA: -¿Quién?
- AMARO: -El señor Juan Eduardo.

AMELIA: -¡No puede ser!

AMARO: -Escuche. Él fue quien lo escribió. Ayer lo supe todo. Natario ha visto el original de su puño y letra. Fue él quien lo descubrió. Por medios dignos, eso sí... porque era la voluntad de Dios que la verdad apareciera. Escúcheme. Usted no conoce bien a ese hombre. Yo he creído que como amigo íntimo de esta casa, como párroco, como cristiano, como amigo suyo... porque créame que la quiero... he creído que era mi deber avisarla. Si yo fuese su hermano le diría sencillamente que lo sacara de la casa. Ese hombre con quien quiere casarse sorprendió su buena fe y la de su madre. Ese hombre llamó libertino al canónigo Días. Arrojó veneno en las relaciones de su madre y el canónigo. La acusó a usted de dejarse seducir. ¿Usted quiere casarse con ese hombre?

(AMELIA no le contesta.)

-Mire que destino el suyo si se casa con él. Le digo todo esto como amigo. Por el bien de su alma. Antes querría verla muerta que unida a ese hombre

AMELIA: -(Rompe en llanto.) ¡Por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios, señor párroco!

AMARO: -No llore. Ábrase conmigo. Venga, tranquilícese. Todo tiene remedio. No se han publicado las amonestaciones. Dígame que no quiere casarse, que lo sabe todo, que lo odia. (Muy cerca de ella.) ¿Por qué usted no lo quiere, verdad?

AMELIA: -No.

AMARO: -Entonces, ya está. (Se acerca aún más.) Y, dígame, ¿le gusta otro?

(AMELIA queda callada.)

-Dígame, Ameliazña, ¿le gusta otro? (La abraza.) Dígame, por favor. Amelia... Ameliazña.

(Se quedan quietos, pegados en un solo beso, muy largo, muy profundo mientras baja el telón.)

(Es de noche. Ha aparecido JUAN EDUARDO, se dirige hacia la casa de la SANJUANERA. En eso aparece RUCA.)

RUCA: -¡Señor Juan Eduardo! ¡Señor Juan Eduardo!

J. EDUARDO: -¿Qué hay, Ruca?

RUCA: -Las señoras han ido a pasar la noche fuera de casa y aquí le traigo esta carta que le manda la señorita. (Sale.)

J. EDUARDO: -Gracias, Ruca. (Lee la carta. Puede escucharse la voz de AMELIA o puede leerla él.) Señor Juan Eduardo: Lo decidido con relación a nuestra boda lo fue con el convencimiento de que era usted una persona de bien y que me podía hacer feliz; pero, como todo se sabe y como fue usted el que escribió el artículo de El Distrito, y calumnió a los amigos de la casa y me insultó a mí, debe desde hoy considerar todo terminado entre nosotros. Espero, igual que mi madre que sea usted lo bastante delicado y no vuelva por casa, ni nos persiga por la calle... (Esta última oración puede irse en "fade-out".)

(JUAN EDUARDO sale de la escena. Entra la NARRADORA.)

NARRADORA: -Pobre el Juan Eduardo. Toda la intriga lo ha convertido en víctima. El padre Natario con su cara de hurón se propuso machacarlo y lo consiguió. A ver quién podrá ayudarlo. Yo por lo pronto tengo idea de quién o quienes necesitan de mi ayuda.

### Escena XI

El despacho del Dr. Gouvea.

(El próximo día. JUAN EDUARDO entra al despacho del doctor GOUVEA.)

GOUVEA: -Vaya, eres tú, muchacho.

- GOUVEA: -No debe haber víctimas, salvo para impedir que haya tiranos.
- J. EDUARDO: -¡Curas canallas, quisiera verlos borrados de la faz de la tierra!
- GOUVEA: -Tonterías. ¿Tú crees en Dios, en el pecado original, en la vida futura, etc., etc.?
- J. EDUARDO: -Sí, señor.
- GOUVEA: -¿Entonces, para qué quieres borrar a los curas de la faz de la tierra?
- J. EDUARDO: -Usted, señor doctor, usted no necesita a los curas en este mundo.
- GOUVEA: -Ni en este, ni en el otro. Y, no necesito a Dios en el cielo, porque mi Dios está dentro de mí. Ese es el Dios que rige mis acciones y mis principios. Tal vez no comprendas esto bien. El hecho es que estoy aquí exponiendo doctrinas subversivas. Y la verdad es que ya son las tres y tengo que marcharme.
- J. EDUARDO: -Entonces, disculpe, señor doctor.
- GOUVEA: -No hay de qué. Y mande al diablo, de una buena vez, a toda esa gente.
- J. EDUARDO: -Eso es fácil de decir, pero cuando a uno le roe la pasión, cuando tiene el corazón lleno de pasión...
- GOUVEA: -¡Ah, la pasión! Mira, eso que tú tienes no es pasión. No está en el corazón, está en otro órgano. Ese otro órgano es el único que está interesado. Y, en ese caso, el disgusto no dura. Adiós. Ojalá sea eso. (Sale.)

## Escena XII

La sacristía de la iglesia.

(Al día siguiente. Una tarde de lluvia.)

- AMARO: -(Entrando con AMELIA.) Puede guarecerse aquí. Lluve demasiado. Por suerte andaba yo por la plaza. Estuve

llevándole un remedio al señor canónigo. ¡Que suerte encontrarla!

AMELIA: -¡Jesús, qué tarde! Se me va a estropear el vestido.

AMARO: -Es que ahora llueve a cántaros. Me parece que lo mejor es que espere aquí unos momentos.

AMELIA: -No, no.

AMARO: -¡Tonterías! Se le va a estropear el vestido. Es un momento, es un chaparrón. Pasa pronto. Es una locura salir. Su mamá si la viese aparecer empapada se enfadaría y con razón.

AMELIA: -Por favor.

AMARO: -Un instante, sólo un instante, mientras pasa el aguacero.  
(La besa, un largo beso.)

(DIONISIA, que viene con una vela que pone en una mesa, los sorprende.)

DIONISIA: -Señor párroco, está por oscurecer. Ah, señorita Amelia... vaya, ¿qué tarde es?

AMARO: -Querida Dionisia, he quedado en confesar aquí a la señorita Amelia. Es un caso muy serio.

DIONISIA: -Perdonen ustedes. Vuelvo más tarde.

AMELIA: -No, no. Ya he terminado la confesión. Gracias, padre.

DIONISIA: -Llueve poco ahora, señorita. Espere. La acompaño. Un momento... (Mira hacia fuera.)

(Pasan dos borrachos por la calle. DIONISIA los ve pasar y luego vuelve a AMELIA.)

-Está el campo libre, señorita.

(AMELIA sale. DIONISIA se queda con AMARO.)

- AMARO: -Claro, claro. Mira, Dionisia, se me ocurre decirle que la señorita Amelia necesita instrucción en la doctrina, que como es tan devota quiere entrar en un convento. Por lo del desengaño con el escribiente. Que su madre se opone pues la necesita en la casa y por lo tanto no la puedo instruir en la casa. En la sacristía menos.
- DIONISIA: -Es buena la historia. Además, puedo entrar yo en el asunto, eso es, si usted da el permiso.
- AMARO: -No faltaba más. Pero, ¿y la Totó? La hija del campanero. Dicen que es algo extraña. Recuerdo que Gouvea la tildaba de histérica.
- DIONISIA: -Nada, siempre está en su habitación. A usted se le prepara la del campanero que está en el segundo piso. Se sube justo al lado de la cocina. Nadie le verá.
- AMARO: -De acuerdo. Sólo me falta buscar una excusa para que la pequeña pueda salir de su casa. Veremos.
- DIONISIA: -Usted es inteligente y despierto, señor párroco. Cuando se tiene deseo, las excusas surgen fácilmente. Ya verá, ya verá. (Sale.)

## Escena XIII

La calle, Rua da Misericordia.

(AMARO sale a la calle. En eso aparece JUAN EDUARDO. Se enfrentan y JUAN EDUARDO le da un puñetazo. Uno o dos señores corren a socorrer a AMARO. Los separan. JUAN EDUARDO huye. AMARO vuelve a la sacristía. La RUCA, que había estado en la calle lo presencia todo.)

## Escena XIV

La casa de la Sanjuanera.

(Noche de tertulia.)

- DOÑA JOSEFA: -¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo! Habrase visto fechoría igual. Atacar a nuestro querido párroco.
- SANJUANERA: -Lo ha visto Ruca. La pobre ha llegado con cara de espanto ante tal ofensa.

- DOÑA JOSEFA: -Ese escribiente es peor que Pilatos. ¡Un malvado! El señor párroco tenía que haberlo pisado, pero como es un santo lo ha perdonado. Ofreció seguramente, como nuestro señor Jesucristo, la otra mejilla al ser abofeteado.
- NATARIO: -Demasiado bondadoso. A los impíos se les machaca.
- DOÑA JOSEFA: -Cierto, cierto.
- DÍAS: -A mí, si me dan un bofetón en una mejilla, ofrezco la otra. Y, después, ¡deslomo al bribón!
- DOÑA JOSEFA: -¡Qué monstruo! Me gustaría verlo con grilletas, trabajando en la carretera. A mí nunca me engañó. Siempre me tuvo cara de asesino.
- SANJUANERA: -Estaba embriagado. El vino...
- NATARIO: -No lo disculpe usted, señora Augusta. Eso es un sacrilegio. Ese granuja ha sido expulsado de todas partes. ¡Como un perro! Lo ha despedido.
- SANJUANERA: -Pobre chico, se queda sin tener que comer.
- DOÑA JOSEFA: -Que beba, que beba.
- NATARIO: -Enterrado y destruido.
- DOÑA JOSEFA: -Y, todo gracias al señor padre Natario.
- NATARIO: -Mientras siga en Leiría, no lo suelto. ¿Qué les digo yo, señoras mías? Yo lo aplasto. Pues, ahí lo tienen aplastado. (A AMELIA.) Se ha librado usted de una fiera.
- DOÑA JOSEFA: -Romper con él es la cosa más acertada que has hecho en tu vida.
- NATARIO: -Es la gracia de Dios que te ha tocado.
- DOÑA JOSEFA: -Estás en gracia, hija.
- DÍAS: -Al final resulta que es Santa Amelia. Me parece que ya hemos hablado bastante del granuja. Vamos a tomar el té y luego, la lotería.

(AMARO entra en la sala.)

-Ah, pero aquí está nuestro santo varón. Nuestro Jesucristo de las dos mejillas.

(SANJUANERA, AMELIA y DOÑA JOSEFA van a AMARO.)

AMARO: -Buenas noches a todos. Aunque no tan buenas. Ya sentimos el frío del invierno.

DOÑA JOSEFA: -Hablábamos de la ofensa que le ha hecho el atrevido del escribiente.

AMARO: -Olvidemos el asunto. Es de cristianos perdonar.

DÍAS: -Venga, venga, señor párroco, a tomar té y a jugar lotería.

AMARO: -Gracias, pero me trae un asunto de peso. Debo hablar con la señora Augusta y la señorita Amelia.

NATARIC: -Si desea estar a solas con ellas...

AMARO: -No, claro que no. Pueden escucharme todos. He estado pensando durante mi meditación en un caso triste. Que tengo allí al lado de la catedral. Es la hijita del campanero, la Totó. Todo el santo día doblada en la cama. Es un alma indefensa y puede muy bien el demonio apoderarse de ella.

DOÑA JOSEFA: -¡Jesús, señor párroco, a dos pasos de la iglesia!

AMARO: -La chiquilla no tiene quien la instruya, quien le lleve la palabra de Dios. ¿Saben lo que se me ha ocurrido? Uno de nosotros debe llevarle la palabra de Dios. La persona que entre nosotros esté menos ocupada. Y, esa es la señorita Amelia.

AMELIA: -(Comenzando a comprender.) ¿Yo?

AMARO: -Sí, usted. Si de vez en cuando no está segura de la doctrina que ha de enseñarle a la Totó puede recurrir a mí. Naturalmente, tengo mucho que hacer en la parroquia, pero podría examinar a la Totó luego que usted le de las lecciones.



- NATARIO: -Me parece una idea muy sensata. No debemos dejar que el demonio se apodere de la pobrecita.
- AMELIA: -No sé, no sé. (Ríe nerviosa.)
- DOÑA JOSEFA: -Niña, ¿de qué te ríes?
- SANJUANERA: -Es un honor para esta casa. Al saberse...
- AMARO: -No, no debe saberse. El hacer una buena obra no sirve si se va a enorgullecer uno. Esto no debe salir de aquí. Es algo entre Dios y nosotros. Salvemos un alma. ¿No cree, profesor?
- DÍAS: -Sí, sí, me siento edificado ante sus palabras.
- NATARIO: -Entonces, la señorita Amelia irá en secreto a salvar el alma de la Totó. Yo mismo le traeré un libro de oraciones para que le sirva de guía.
- AMELIA: -Gracias, padre Natario, gracias.
- DÍAS: -Y, ahora, a las tostadas y el té. ¡Rucal! ¿Dónde está esa muchacha?

Escena XV  
La casa del campanero.

(Unos días más tarde. Cerca del mediodía. La TOTÓ entra en la habitación. Husmea por ella. Va a la cama e inspecciona las sábanas. Unas voces le hacen salir rápidamente. Son AMARO y AMELIA. Éstos entran en la habitación. AMARO trae una bolsa de papel que contiene el manto de la Virgen.)

- AMARO: -(Va a mesita y pone allí la bolsa de papel y un libro.) Esto es para nuestra charla, para que te enseñe los deberes de monja.
- AMELIA: -Entonces, enséñame. (Se besan.)
- AMARO: -Sabes que al ser amada por un cura estás más cerca de Dios. Tendrás la amistad de Dios y al morir dos ángeles te llevarán de la mano hacia Él.
- AMELIA: -Si es así, entonces quisiera morir.

AMARO: -No digas tonterías. Hablar de muerte con estas carnecitas... Mira, te he traído un hermoso manto que ha regalado una devota muy rica. Es para la estatua de la Virgen. (Abre el manto.) Un hermoso trabajo, ¿no crees? Le queda de maravilla a la Virgen, aunque un poquito grande. Tal vez, a ti te quedaría mejor. Déjame ver...

AMELIA: -No, no, por Dios, qué pecado.

AMARO: -No seas tonta. No está bendito. Ven. (Le pone el manto.) Querida, qué hermosa estás. Eres más hermosa que la Virgen.

(SE besan. La TOTÓ, escondida, los espía.)

AMELIA: -¡Oh, Amaro, qué horror, qué pecado! ¡Quítamelo! ¡Quítame el manto!

(La TOTÓ desaparece sin ser vista.)

AMARO: -Si no está bendito, te he dicho. (Le quita el manto.)

AMELIA: -Hoy, no.

AMARO: -Sólo media hora. Entonces, ¿no quieres?

AMELIA: -Hoy, no. No puedo. Hoy, no. (Sale.)

(AMARO dobla el manto y sale.)

#### Escena XVI

La sala en casa de la Sanjuanera.

(Al día siguiente. La SANJUANERA está en la sala.)

DÍAS: -(Entrando.) Bueno, mi señora Augusta, ¿qué sucede? La Ruca me ha dicho que es urgente.

SANJUANERA: -Ay, señor Días, mi niña ha tenido una noche de espanto. Despertó gritando que la Virgen la ahogaba y que la Totó la quemaba. Desde que Amelia va a esas visitas no tiene vida. Unos días, alegre; otros con una cara de pena. Nunca estuve de acuerdo con que le llevase instrucción a

la Totó. Estoy segura que está poseída por el demonio. Quisiera que una persona juiciosa y con experiencia fuera a examinarla. Mañana que la Totó está sola...

DÍAS: -En una palabra, lo que quiere es que baya yo y me entere de lo que pasa.

SANJUANERA: -Sería un alivio para mí, queridito. (Le da un beso.)

DÍAS: -Ah, sirenas, sirenas... Está bien, está bien, iré.

(DÍAS sale de la casa de la SANJUANERA. Con un cambio de luz puede indicarse el paso del tiempo. Va a la casa del campanero. )

Escena VXII  
La casa del campanero.

(Entra en la habitación del campanero.)

DÍAS: -Anda, entra, entra, Totó. Ven. No tengas miedo. Sólo quiero hacerte unas preguntas. Soy amigo de tu padre. Soy el canónigo Días, de la catedral, ¿sabes? Quise venir a echarte la bendición y a ver que has aprendido con la señorita Amelia. A ver, ¿cuántas son las personas de la Santísima Trinidad?

TOTÓ: -(Ha ido entrando poco a poco en la habitación.) ¿Y, el otro?

DÍAS: -¿Qué? Habla más alto.

TOTÓ: -El que viene con ella. El otro.

DÍAS: -¿Qué otro?

TOTÓ: -El bonito.

DÍAS: -Escucha, ¿quién es el otro? ¿Quién es quien viene con Amelia?

TOTÓ: -Es el bonito. El delgado. Vienen los dos. Suben a esa habitación, se encierran por dentro. Son como perros.

DÍAS: -Pero, ¿quién es él? ¿Cómo se llama?

- TOTÓ: -Es el otro. Es el párroco, el Amaro.
- DÍAS: -¿Y van a la habitación? ¿Y, tú, qué oyes? ¡Cuéntamelo todo, pequeña, cuéntamelo!
- TOTÓ: -Pues entran y se restriegan el uno contra el otro y después de verme suben aquí y se encierran y están una hora encerrados.
- DÍAS: -Escucha, Totoziña, ¿tú, qué oyes? ¿Oyes rechinar la cama?
- TOTÓ: -Sí.
- DÍAS: -¿Y los has visto besarse y abrazarse? Anda, cuenta, que te voy a traer unos pasteles dulces muy ricos.
- TOTÓ: -¡Son como perros! ¡Son como perros!
- DÍAS: -Bueno, adiós, muchacha. Cuídate, no te resfríes. (Sale a la calle.) Esta es la infamia de las infamias. Yo lo mato. Yo me pierdo.

(TOTÓ sale de la habitación, mientras DÍAS se dirige a la sacristía.)

Escena XVIII  
La sacristía de la iglesia.

(Una vez en la sacristía, busca al padre AMARO, pero no está.)

- DÍAS: -(Llamando.) ¡Amaro, Amaro!
- AMARO: -(Entrando.) ¿Qué pasa, profesor?
- DÍAS: -¿Qué pasa? Es la golfería de las golferías. Es su infamia, su infamia.
- AMARO: -¿Qué dice, profesor?
- DÍAS: -¡Ni profesor, ni nada! ¡Ha descarriado usted a la chica! Eso sí es una canallada maestra.
- AMARO: -¿Qué chica?

DÍAS: -Lo he visto.

AMARO: -¿Qué me ha visto?

DÍAS: -Bueno, no lo he visto, pero como si lo viese. Lo sé todo. Vengo de allí. Me lo ha dicho la Totó. Se encierran en la habitación. Hasta se oye el ruido de la cama.

AMARO: -Dígame una cosa, ¿qué le importa a usted eso?

DÍAS: -¿Qué me importa? ¿Aún es capaz de hablarme en ese tono? Lo que me importa es que ahora mismo voy donde el vicario general a dar parte...

(AMARO va a darle un puño.)

DÍAS: -Sinvergüenza. Quiere ponerme la mano encima.

AMARO: -(Se contiene y luego habla con serenidad.) Escuche, señor canónigo Días, mire que yo lo vi una noche abrazando con la Sanjuanera.

DÍAS: -Miente.

AMARO: -Lo vi. Volví a la casa a recobrar mi paraguas y al entrar en la sala estaban ustedes abrazados. Si dice usted una palabra, yo probaré que vive hace diez años amigado con la Sanjuanera.

DÍAS: -¡Que granuja me ha salido usted, Amaro!

AMARO: -¿Gruja, por qué? Los dos tenemos cosas que ocultar. Y no me venga a hablar de la moral... eso es para la escuela y el sermón. Es la naturaleza quien manda. Somos hombres.

DÍAS: -¡Pero, usted, al comienzo de su carrera!

AMARO: -¡Y, usted, profesor, al final de la suya!

(Ambos se echan a reír. Se dan la mano.)

DÍAS: -Si la pobre madre llega a saberlo...

AMARO: -No tiene por qué. Es un secreto entre nosotros. Ni la madre, ni la hija. No le diré que sabe usted esto.

DÍAS: -¡Ay, bellaco, tiene buen ojo!

AMARO: -¿Qué quiere usted? Se empieza de broma y...

DÍAS: -Hombre, es lo mejor que nos llevamos de este mundo.

AMARO: -Es verdad, mi querido suegro, es lo mejor que nos llevamos de este mundo.

### Esceña XIX

En algún lugar, no especificado.

(Entra la narradora, la DIONISIA.)

NARRADORA: -Y, así quedaron las cosas. Todos en gran amistad. Amelia visitaba a la Totó para darle lecciones de doctrina. ¡Vaya lecciones! El padre Amaro salía de la sacristía, cruzaba el patio y al punto estaba en casa del campanero y en los brazos de su amada. Pasaron semanas, meses, hasta que un buen día... (Sale.)

### Escena XX

La sacristía de la iglesia.

(AMARO camina de un lado para otro.)

DÍAS: -(Entrando.) ¿Qué pasa, Amaro, el sacristán me ha dicho que quiere verme de inmediato?

AMARO: -La chica está preñada.

DÍAS: -¿Qué me dice?

AMARO: -Preñada.

DÍAS: -¿Estás seguro?

AMARO: -Segurísimo. Ella no hace más que llorar. Las mujeres lo saben. Hay todas las pruebas. ¿Qué voy a hacer, profesor? Imagine el escándalo. La madre, los vecinos... ¿Y, si sospechan de mí? Estoy perdido. Yo me escapo.

DÍAS: -Pero, ¿Qué quiere usted?

AMARO: -Que no haya escándalo.

DÍAS: -¿De cuantos meses está?

AMARO: -Está de ahora. De un mes.

DÍAS: -Entonces, hay que casarla, hay que casarla con el escribiente.

AMARO: -Diablos. Tiene usted razón. ¡Es magistral!

DÍAS: -Casarla ya. Mientras haya tiempo. Quien es el marido es, es el padre.

(Salen ambos y entra la DIONISIA.)

DIONISIA: -Tuve que intervenir. Había que encontrar a Juan Eduardo. Con mi olfato busqué por todos los rincones de la ciudad. Después de encontrarlo, Amelia tendría que escribirle una carta diciéndole que se enteró de que el pobre era víctima de una intriga, que ella nunca había dejado de querer su amistad, que le debía una reparación y que fuese a verla. Se pensó en lo que diría Natario, pero éste se había caído de su yegua, tenía una pierna rota y estaría en cama mucho tiempo. No tendría que enterarse. En fin, recorrí toda la ciudad y pude saber que el Juan Eduardo se había ido a Lisboa y de allí posiblemente a Brasil. No había dejado dirección alguna al marcharse. Entonces, el canónigo y Amaro decidieron pedirle a Doña Josefa que se llevara a Amelia al campo por largo tiempo. Le hicieron creer a la vieja beata que la pobre chica había sido víctima de un hombre casado. La Sanjuanera nunca supo nada. La engañaron diciéndole que Doña Josefa iba al campo por razones de salud y que necesitaba la compañía de alguien como su hija. Y así, pasó el tiempo y un día me reuní con el párroco.

Escena XX  
La sacristía de la iglesia.

(Ambos en la sacristía.)

- AMARO: -Y ahora, Dionisia, como dice nuestro canónigo, ¿qué destino va a dársele al fruto?
- DIONISIA: -Yo creí que el señor párroco lo tenía todo arreglado. Que se iba a dar al niño a criar fuera de la comarca.
- AMARO: -Pero, ¿quién va a ser el ama? Es lo que quiero que usted me arregle cuanto antes.
- DIONISIA: -La que mejor conozco está en el hospital. Las otras podrían hablar de más.
- AMARO: -¿Y, entonces?
- DIONISIA: -Bueno, conozco a una. Pero no, esa ni hablar. Se llama la Carlota. Le llaman la Tejedora de Ángeles.
- AMARO: -¿Qué es eso?
- DIONISIA: -Es tejedora. Los niños que empieza a criar mueren sin excepción.
- AMARO: -¿Los niños mueren siempre?
- DIONISIA: -Sin fallar uno.
- AMARO: -Pero, ¿quién va a entregarle un niño a esa mujer?
- DIONISIA: -Se los entregan. Sí, señor, por docenas.
- AMARO: -¿Y, las autoridades?
- DIONISIA: -No hacen nada, señor párroco, nada.
- AMARO: -Y, ¿qué provecho saca esa mujer si los niños mueren?
- DIONISIA: -Ah, hay que pagarle un año de crianza por adelantado.
- AMARO: -Bueno, Dionisia, busca otra mujer. No importa que hable. Veremos como la callamos. Busca otra mujer que críe a mi hijo. Te pagaré bien. (Sale.)

## Escena XXI

En algún lugar, no especificado.



NARRADORA: -Una fría mañana de diciembre, Amelia, dio a luz un niño, un hermoso niño. Había conseguido yo una buena ama de crianza. Se separó al niño de la madre. Amaro, lo tomó en sus brazos y salió de la casa de campo de Doña Josefa como alma que lleva el diablo. ¿Saben lo que hizo? Se lo llevó a Carlota; a la tejedora. Poco después, aquel niño se convirtió en un angelito. Amaro, se arrepintió de su locura, pero cuando fue a buscar al pobre niño, ya era demasiado tarde. La pobre Amelia pedía ver a su hijo. Tuvo unas terribles convulsiones y cayó en un profundo sueño, el sueño de la muerte. El doctor Gouvea hizo lo indecible para salvarla, pero todo fue en vano... No olvido la misa de difuntos... (Van apareciendo todos los personajes.) Todos allí. Amaro, en el altar, tratando de contener las lágrimas. Juan Eduardo, que había vuelto a Leiría, también estuvo. Su triste figura, cargado de luto, gruesas lágrimas resbalando por su rostro. En el entierro iba detrás del féretro y estuvo en el camposanto hasta que el ataúd bajó a la tierra húmeda y fría de aquel triste día de diciembre. ¡Pobre Ameliaziña! Quizás murió porque le quitaron a su hijo. Yo no sé por qué fue. Lo que sí sé es que en toda esta historia hubo un pecado y un crimen.

## TELÓN

Calendario de Funciones	
PUEBLO	FECHA
Caguas	18-20, 25-27/feb.
Aguada	18-20/mar.
Arecibo	1-3/abr.
Luquillo	8-10/abr.
Barceloneta	15-17/abr.
San Juan	20-22, 27-29/may.
sujeto a cambio	

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-PP

